

Antonio Mediz, que ha penetrado en la mansión de aquellas edades muertas, no como un investigador propiamente hablando, pero sí como un artista estudioso. La prosa y el verso han sido indistintamente el ropaje de sus creaciones; y, cuando se enfrasca en la biblioteca maya, no lleva otro interés que el de tomar los puntos generales, el color y el ambiente del medio, para dar sustento apropiado á su fantasía y dejarla volar libremente después.

Cómo ha acertado el joven poeta, lo verá quien adelante siguiere, y es seguro que no ha de arrepentirse. En grato consorcio, aquí van hermanadas composiciones en prosa y verso; la leyenda y la poesía lírica, aspiraciones de amor y otros nobles afectos, nutridos de la sangre, la savia, el sano jugo primaveral; expresión cándida á veces de un alma joven, que abre azorada los ojos al mundo y todo lo encuentra hermoso; pero expresión siempre palpitante, siempre atractiva, que halaga los sentidos con su fresco perfume, sus variados matices y su excelente sabor.

Delio Moreno Cantón.



LOS KATES DE UAYMIL.

Para Eduardo García López.

I.

ALLÁ, frente á la costa del Poniente, á pocas brazadas de la orilla, se encuentra un pequeño islote, en cuyos ribazos crecen altivos los cocoteros y las inquietas olas acarician sin cesar las retorcidas raíces del mangle. Más adentro, en confuso montón, yacen por el suelo los restos de célebre y antiguo santuario, donde, tiempos atrás, los mayas rindieran adoración á sus dioses predilectos. Hoy, sobre las ruinas olvidadas, se alzan dos ó tres viviendas de pescadores. Es la "Isla de Piedras."

Allá, á la vuelta de la pesca, cuando la brisa de la tarde refresca el caldeado rostro, los pescadores refieren la leyenda de los *Kates de Uaymil*.

II.

Morena era su tez y su cabello negro, brillante como el mar al reflejo de la lu-

na, su voz dulce, cadenciosa como el arrullo de las olas que la adormían, sus ojos oscuros, insondables como los abismos, su alma bella como el sol naciente. Tal era *Acteil*, la virgen misteriosa, la que con sus blandas manecitas ofrecía en el santuario de la isla la ofrenda sagrada, velando siempre junto al dios, la iniciada en los secretos del rito, la incomparablemente bella sacerdotisa.

La fama de su hermosura se extendía á muchos centenares de leguas, como llevada por los pájaros ó por las brisas del mar, ponderada por los que habíanla visto en las noches de luna, envuelta en su blanco *huipil*, suelta al viento la espléndida cabellera, bajar á la orilla para retozar con las olas que lamían sus piecitos, recogiendo conchas y riendo cada vez que las aguas llegaban á mojar el borde de su traje. ¡Oh, qué bella estaba entonces *Acteil*, la de mágica hermosura!

III.

El señor de Uxmal, Quetzal el poderoso, oyó un día de labios de un guerrero la historia de la virgen bella que ofrecía en el adoratorio lejano de *Tunhá* los sacrificios de los peregrinos. Y pintáronle tan á lo vivo la hermosura de la hija del mar, que se encendió en su pecho deseo ardiente de verla y de disfrutar de sus encantos, tan celebrados por los viajeros. —En vano el gran sacerdote, el anciano

Taanac, procuró disuadirlo: “Señor, decíale, atraerás sobre nosotros la ira santa de los dioses! ¿No sabes que *Acteil* es prometida del cielo? ¡No intentes que deje el santuario! ¿Quién ofrecerá entonces los sacrificios? Piensa, señor, en los males que nos traería tu capricho. *Acteil* es sobrehumana, ha nacido de las olas del mar; su naturaleza no es terrena, es inmortal, es divina! ¡Reflexiona, señor!”

¡Nada! el monarca era inexorable; habíase propuesto que *Acteil* fuese suya, de él, que todo lo podía. ¿Y quién habría de oponérsele?

.....
Vosotros no me servís, guerreros de brazo vigoroso y flexible arco.

Venid acá, vosotros los enanos, los de cuerpo diminuto, dijo el rey.

Y presentáronse siete hombrecillos de ojos picarescos y mirada astuta.

—Oid, dijo el monarca: partiréis al santuario de *Tunhá*, allá en el mar del poniente, y me traeréis á la sacerdotisa del templo, á *Acteil*, la de magnífica belleza! ¡Id!

Los emisarios se pusieron en marcha.

IV.

Acteil estaba contenta. ¡Cuán clara brilló la luna aquella noche del mes de Xaax, (1) noche extraordinariamente

(1) Enero.

bella! Las aguas tranquilas apenas se movían al soplo del céfiro nocturno. Y Acteil, sentada en una roca á la orilla del mar, peinaba su larga cabellera, sonriendo, feliz, gozando en la calma inmensa, silenciosa de aquella Naturaleza sublime!

De pronto vibró en su oído el eco suave de una canción lejana que se confundía con el rumor de las olas, una canción extraña que no comprendía, y sintió estremecer su pecho bajo el *huipil* blanco. Luego se oyó el ruido de una piragua que surcaba las ondas

—Síguenos, diosa, vamos á la corte del rey más grande, de *Quetzal* el poderoso; tendrás riquezas, honores, nada te ha de faltar,—decían los enanos.

Sollozaba Acteil. ¿No soy feliz en mi isla bendita? ¿He de dejar las aras de los dioses? ¡No séais crueles! ¡Dejadme!

—*Quetzal* te lo pide, decían los enanos.

—¡Piedad! ¿He de separarme de mi ribera querida? ¿He de dejar mis pececillos, mis conchas? ¡No! ¡Dejadme!

—El rey lo manda, dijeron los enanos.

De pronto, Acteil irguióse, una sonrisa surcó sus labios, sus ojos humedecidos por el llanto brillaron á la luz de la luna, y dijo entonces con júbilo á los enviados: —¡Os sigo! ¡Bogad!—Y saltó á la piragua.—Los enanos lanzaron un chillido de alegría, y la embarcación navegó por la orilla poco trecho, hasta llegar á un punto donde el mar forma un recodo y se

interna en la costa.—Por él se comunicaban con la playa los señores de la Península y por él se dirigió la piragua.

V.

Bajo el impulso de los enanos la barquilla resbalaba sobre el agua, silenciosa como la noche, en medio de los manglares que cubren las riberas. De pronto, Acteil se incorpora. De pie sobre la piragua, el viento juguetea con sus cabellos y la luna con sus rayos de plata parece que envuelve su figura en un manto espléndido. Sus ojos tienen un reflejo extraño, que seduce, que fascina, como el fijo mirar de la serpiente.

Extiende entonces los brazos magníficos, y de entre sus labios sale un canto apacible, tierno, infinitamente dulce, como el que modula la brisa entre el follaje!

¡Oh prodigio! Poco á poco los enanos, fijos en aquella imagen sobrenatural, hechizados por las notas que emite aquella garganta, tersa como la superficie del agua, parecen como subyugados por la música, parece como que á su influjo pierden el uso de los sentidos y el movimiento; sueltan los remos y sus párpados van cayendo lentamente hasta que al fin quedan dormidos. Acteil sonrío. Su canto se hace cada vez más rápido y sube de tono, semejando entonces la corriente impetuosa y veloz que arrastra las embarcaciones y arranca los troncos de los árbo-

les. Y entonces la piragua gira sobre sí misma vertiginosamente, gira, gira, con la rapidez del remolino, hasta que al cabo se hunde, al compás de las últimas notas, en las aguas que brillan á la luz de la luna llena, de la luna blanca del mes de Xaax!

Y luego que hubo desaparecido, una forma vaporosa, ténue, una forma de mujer surgió de la superficie y se perdió en el espacio.

.....
El lugar en que esto aconteció se llama Uaymil, y desde entonces, en las noches en que brilla en el cielo la luna llena y sopla leve la brisa del mar, los siete enanos salen á la orilla y allí danzan en rueda, cogidos de las manos, al compás de una música que empieza lenta, apacible, y luego se hace cada vez más rápida, hasta que al despertar la aurora se hunden de nuevo. Los pescadores de aquel rumbo los llaman *los kates*, y aseguran que en las noches de luna llena no se puede dormir en Uaymil porque los enanos no permiten que nadie concilie allí el sueño, el sueño que fué su perdición!



KINICH-KAKMÓ.

I.

La tribu que acaudillada por *Zamná*, hacía largo tiempo que peregrinaba desde los desiertos del Sur hasta las playas orientales de la Península, había por fin elegido un sitio para establecerse y erigir un templo á sus dioses y un hogar á sus familias.

Y entonces se alzó *Itzmal*, la ciudad más antigua de la Península, la ciudad santa, consagrada por *Zamná*, el filósofo-dios, el jefe que condujera á los itzaes á través de millares de leguas. Y soberbia se alzó Itzmal, ostentando en las cimas de sus pirámides esbeltas los templos de los dioses de la incruenta y dulce religión de *Zamná*.

“Hijos míos, había dicho el sabio, los astros que brillan en la bóveda inmensa, el sol radiante y esplendoroso, lo que da vida y calor, lo que fecunda, lo que crea, eso habéis de adorar! Sea vuestro dios el fuego sublime que todo lo purifica, oh, itzaes!”

II.

Y cuando á los pocos años florecía poderosa la esplendente Itzmal, Zamná anunció á su pueblo que iba á morir, tan luego como de entre las vírgenes itzaes surgiese la dotada por el cielo de dones inestimables que la hiciesen digna de estar al lado de los mismos dioses. “Cuando esto suceda, deciales, podré yo separarme tranquilo de vosotros, pues mi misión estará terminada. Y os haré un legado precioso. Después de mi muerte adoraráis en vuestros altares á una nueva deidad!”

III.

¡Era bella Nic-caan, pero más hermosa aun era su alma!

Había oído las palabras de Zamná, de sus labios había escuchado los consejos vivificantes del espíritu, y su alma grande, su alma de artista, se extasiaba en la contemplación de lo sobrenatural, levantando su vuelo de la tierra miserable y sombría á los espacios inmensos, buscando siempre algo superior, algo infinitamente sublime que no comprendía!

Y no había hallado nunca el objeto de sus sueños, de sus ansias misteriosas! . . .

Un día, el más gallardo de los guerreros del *Humpictok*, del ejército sagrado,

la habló al oído de gratos amores, de esperanzas dulces, risueñas como el albor de la mañana, y rindió á sus pies su corazón, que nunca había temblado en las batallas y su arco que jamás desmintiera la destreza del brazo que lo empuñaba.

“Yo te amo, Nic-caan, hábale dicho el guerrero, ámame también y no habrá felicidad igual á la nuestra.”

Y Nic-caan se había sonreído tristemente y luego le había contestado :

“Guerrero, no puedo amarte. Tu amor es terreno, es caduco, pasajero. Yo amo lo grande, lo infinito, lo inmortal! Yo amo al sol divino y fecundante, á la luz espléndida y seductora! Sé feliz con otra mujer, guerrero.”

Y Nic-caan desdeñó al hombre que la adoraba.

.....
Llegaron los embajadores *xibilbaides*, de los reinos suntuosos del Mediodía. “Nic-caan, le dijeron, ven á ocupar el trono de nuestros reyes. Ven á las cortes famosas de los monarcas del Sur. Nuestro pueblo te brinda poderío y grandeza sin igual; ven á nuestras tierras, oh virgen, á regir nuestra tribu poderosa!”

—No me podéis dar lo que yo anhelo, lo que ansía mi corazón! Volved á vuestros países, embajadores, y colocad en el trono á otra reina. Vuestra grandeza no me satisface ni vuestro poder me seduce, porque, oh, embajadores, yo amo al sol

divino, á la luz espléndida y eso no me lo podéis dar!

¡Y Nic-caan despreció el trono que le ofrecían!

IV.

Por fin, un día Zamná dijo á los itzaes: "Se acerca la hora. Levantad una pirámide que exceda en altura á todas las de Itzmal. Cuando se halle concluida moriré. Y en su cumbre edificaréis magnífico templo para honrar á la nueva deidad que veneraréis después de mi muerte. Hacedlo así, itzaes."

La pirámide se irguió majestuosa y altiva como ninguna de las de Itzmal.

Y una noche, el pueblo congregado en su base aguardaba la aurora del día siguiente, día tremendo, pues el gran *Zamná* había de morir cuando el sol traspusiese el horizonte!

.....
Brilló el astro del día con resplandores de oro, alzándose altivo, al rasgar el azul purísimo del cielo con sus rayos de fuego.

Y entonces, los itzaes vieron en lo más alto de la pirámide á Nic-caan, la doncella de los sueños misteriosos, junto á la venerable figura de Zamná, y oyeron retumbar como el trueno la voz del sabio que, señalándoles la mujer, les decía:

¡He aquí á vuestra diosa! ¡Veneradla, itzaes!

Y el pueblo estupefacto vió cómo la

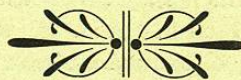
silueta de Nic-caan se lanzaba al espacio en dirección al sol, en cuyo disco ardiente se hundió, como si se hubiera consumido en el fuego de sus rayos.

Y mientras tanto, Zamná agonizaba en la cumbre de la pirámide.

V.

Los itzaes, obedientes á su maestro, levantaron regios altares á la diosa y quemaron incienso delante de su efigie. Representáronla como sus ojos la habían visto la última vez, envuelta en los rayos del astro-dios, circundada su cabeza con una aureola de fuego.

Y así la adoraron, bautizándola: "Rostro de fuego, Rostro de sol, *Kinich-Kakmó*."





NOUICH.

I.

¿Cuál de entre las flores de la tierra y las estrellas del cielo igualaría en frescura y belleza á Nouich, la hermosa, la que habitaba en la cabaña de los altos ceibos? Por ella atrevidos guerreros habían realizado heróicas hazañas, y nobles príncipes habían venido de países remotos; y sin embargo, el corazón de Nouich, la hija de los bosques, no pertenecía aun á nadie. Era libre como el viento que susurraba entre las ramas del *yaxché* y como los pájaros que volaban sobre su cabaña. Nouich había nacido allí, bajo las copas de los ceibos altos, y los había visto secarse y volver á cubrirse de hojas diez y siete veces, sin que se turbara en nada su apacible tranquilidad. Era feliz en su retiro y vivía contenta, lejos del bullicio de la suntuosa corte.

II.

Hacia ya cuarenta lunas que el pueblo Itzá era gobernado en paz por el sabio y

magnánimo rey Ah-Moc, de la ilustre descendencia de Zamná, el dios-filósofo.

Extraordinaria animación se notaba en la vasta plaza de la capital, la ciudad de Chichen-Itzá. Centenares de guerreros se agrupaban frente al templo del dios de la guerra, en cuyo atrio, los sacerdotes hacían sonar los *tunkules* y los caracoles bélicos. Los jefes de la tribu vestían la piel de tigre, el traje de combate, las mujeres preparaban víveres en abundancia, y en fin, todo hacía presagiar una próxima excursión guerrera.

De pronto reinó completo silencio y todas las cabezas se inclinaron.

En una planicie de lo alto del templo apareció el rey acompañado de los sacerdotes y revestido con todas sus insignias. El sonido del *zacamán* anunció que el monarca iba á hablar, y Ah-Moc entonces dijo con voz de trueno :

“Jefes y guerreros, sabed :

Nuestro padre, el dios de las justas guerras y las sangrientas represalias está ofendido, y su cólera nos amenaza ; porque, jefes y guerreros, un pueblo inferior á la gran nación de los itzáes pretende imponernos sus leyes, sus costumbres y su falsa religión ! ¡ Y ese pueblo se ha establecido en nuestra tierra por el lado en que se pone el sol ! Y ésta es la voluntad de los dioses : itzaes, id á encontrar á ese pueblo, aniquiladlo, humillad su orgullo, y el dios de las matanzas nos protegerá, y el invasor será vencido !”

Dijo, y los sacerdotes entonaron los himnos guerreros, y sonaron los *tunkules* y retumbaron los caracoles ; y la tribu entera se aprestó para ir contra los *tutulxius*, los restos de la raza tolteca que llegaban á la península, enemigos de los itzaes, los hijos del gran Zamná.

III.

La batalla fué terrible. Miles de muertos quedaron en el campo, y los itzaes victoriosos regresaron trayendo rico botín y numerosos prisioneros ; y entre ellos al noble príncipe *Topchac*, gallardo mancebo, de airoso continente y fogosa mirada, que era la envidia de los hombres y el preferido de las mujeres.

La entrada triunfal en Chichén fué magnífica. Las doncellas tejieron coronas de flores de *chucum* y las arrojaban al paso de los guerreros, y sonaban los instrumentos músicos, y corrió *balché* en abundancia para dar gracias á los dioses por la victoria lograda. Magníficas recompensas se dieron á los jefes principales, y se decretaron tres días de fiestas públicas para preparar los suntuosos sacrificios de los prisioneros que debían morir, según el rito, en aras del dios de los combates, precipitados al hondo y negro *cenote* de la Muerte !

IV.

¿Qué pasaba en la, hasta entonces, alegre morada de la bella Nouich, la hija de

los bosques, la hermana de las flores, la que habitaba bajo los ceibos corpulentos? Los pájaros no dejaban oír sus alegres trinos en las ramas verdes del *chacah* y del *copó*, y el viento gemía tristemente entre el follaje del *yaxché*. Porque Nouich lloraba, porque Nouich estaba también triste, muy triste, como los pájaros, como el viento!

Nouich lloraba, porque la desgracia nubló su morena frente, porque en las fiestas de Itzancaam, en las fiestas de la victoria de la luna nueva, los ojos ardientes de un guerrero de la tribu enemiga, los ojos negros de un cautivo, de Topchac, el príncipe tutulxiú, habían herido su corazón como la flecha que se hunde en el pecho del ciervo de los montes y lo hace caer á los pies del cazador. Nouich sentía palpitar su seno, bajo el impulso, desconocido para ella, de una pasión terrible, impetuosa como las aguas del cenote de los sacrificios. Y la hermosa itzá sufría, porque su corazón amaba á su patria, porque desde pequeña ofrecía incienso á los dioses de su nación y no podía amar también á un enemigo de aquellos y de ésta. Y sufría más, mucho más, porque sabía que su inexorable religión había de hacer morir á los prisioneros y había de morir Topchac, el de arrogante presencia y abrasadora mirada. ¡Oh, y su muerte sería horrible! A su turno sería atado de pies y manos y despeñado por la profunda sima

hasta el altar levantado á la mitad de la hondura de ésta, y allí, allí... su corazón sería arrancado por el sacerdote y humeante aun, ofrecido al sangriento dios, mientras su cuerpo sería arrojado de nuevo hasta las aguas negras y profundas que bullían en el fondo... y Nouich pensaba en esto y se retorció las delicadas manos y se mesaba los cabellos de ébano, y una lucha terrible tenía lugar dentro de su pecho!...

V.

Las fiestas concluyeron. Era la víspera de los cruentos sacrificios que debían verificarse al salir el sol del día siguiente. Los desgraciados tutulxiús fueron conducidos á la orilla del siniestro abismo que había de servirles de sepultura. Allí fueron desnudados, pintado su cuerpo de rojo, azul y amarillo, y atados á los postes que servían para el efecto.

Los sacerdotes entonaron el canto de la muerte; las mujeres bailaron la danza guerrera con los jefes y los combatientes que habían asistido á la batalla, y luego, la compacta muchedumbre que había llegado hasta allí, desfiló en silencio seguida de los sacerdotes, y el sitio fué quedando desierto.

La noche caía ya y negras nubes cubrían el cielo. Así fué que á favor de las sombras, un bulto blanco separóse sin ser

visto de los grupos y pudo ocultarse entre las cañas que crecían en la margen del cenote.

VI.

Topchac, el príncipe, el hijo del rey de los tutulxiús, estaba allí, atado á una estaca, contemplando con aquellos ojos de vivo resplandor que al día siguiente no verían más las cosas de la tierra, el negro abismo á donde sin piedad sería lanzado.

Pero Topchac no pensaba en eso. Era noble y valiente y no temía la muerte que le esperaba. Y sin embargo, no deseaba morir. Porque el día anterior, al ser sacado del templo, una mirada de fuego se había cruzado con la suya, y Topchac amaba, sin saber á quien, pero sentía dentro su pecho afán terrible y su corazón latía con fuerza y su alma se abstraía en pensamientos superiores, porque el amor de Topchac era puro como el aura que sopla al amanecer.

Y los dioses de su nación premiaban con eternas recompensas el amor que no era terreno.

Por eso esperaba sin temor la muerte, cuando su frente, tostada por el sol, sintió el suave contacto de unos labios frescos como el rocío y vibró en el aire el rumor de un beso. "Topchac—murmuró una voz, dulce como el néctar del *chucum*—Topchac, yo te amo, te adoro, y ¿sabes quién soy? Una itzá: ¡Nouich! Y no debo amarte, lo sé. Porque eres enemigo

de mi patria, porque odio á tu raza, y sin embargo, guerrero atrevido, mi corazón es tuyo, enemigo de mis dioses, aborrecedor de mi ley! Toma este cuchillo, mátameme . . . mátameme si no me puedes querer porque soy de la raza que venció á la tuya; mátameme, por piedad!" Y un relámpago iluminó la escena.

¡Y Topchac se sintió herido por los mismos ojos que lo miraron al salir del templo!

"Nouich—exclamó—quienquiera que seas, esclavo tuyo soy desde el momento en que te miré ayer. ¡Bendita seas de los dioses, bella itzá! ¡Huyamos de aquí! ¡Vamos á mi país, allí seremos felices; huyamos!" Y las sombras ocultaron una lágrima y una sonrisa que al mismo tiempo se dibujaban en el rostro de Nouich. "Huyamos, sí," murmuró con voz débil. Sus manitas cortaron las ligaduras del tutulxiú, y cayó sin sentido en sus brazos. Topchac vagó con su bella carga de un lugar para otro, pues no conocía los senderos.

Las sombras eran muy densas. ¿Cuál no sería su sorpresa al encontrarse en el centro de la ciudad? En efecto, de pronto brilló una luz y el grito de guerra de los itzaes retumbó en el espacio.

¡Itzalán, Itzalán! Era la señal de alarma.

Sin soltar su preciosa carga, Topchac emprendió furiosa carrera. Mas de todas partes acudían los guerreros armados, y

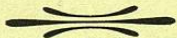
una flecha silbó en el aire, y luego otra, y otra. Y de pronto, el tutulxiú cayó sin vida, el pecho atravesado por el dardo certero! . . .

Y cuando los guerreros en confuso tropel llegaron, el cadáver de Topchac, caliente todavía, estrechaba entre sus brazos el de Nouich; y el mismo dardo que atravesara el corazón del príncipe tutulxiú, partió también el de la bella itzá, la que amó por vez primera, la hija de los bosques, que habitaba bajo los altos ceibos . . . Y los dos cuerpos no se pudieron separar y así fueron arrojados al cenote, para aplacar la ira de los dioses indignados.

Y los pajarillos de la cabaña en vano cantan en las ramas del *copó*: “¡Nouich, Nouich!” porque Nouich no volverá nunca, nunca!

Y en vano las flores esperan la vuelta de su hermana, porque Nouich mora ya en tierras más felices, donde el amor es puro y donde no existen las crueldades y las miserias de la tierra . . .

Y esta leyenda la susurra el viento al pasar por entre el frondoso ramaje del *yaxché*, allá, en la cabaña de los altos ceibos . . .



La caverna del tigre negro.

I.

Cuiyam era el Rey de Uxmal; y linda como un capullo recién abierto y juguetona como la brisa de la mañana, era *Miltoc*, la hija del rey. Y era bella, muy bella. Mas desgraciado del que caía al poder de sus miradas, porque, coqueta y falaz como una mariposa, se gozaba en el tormento de los corazones. Y muchos hombres habían sucumbido al fulgor de sus ojos; pero ella los había despreciado después de hacerlos sufrir horriblemente. Y una tarde dijo á la vieja *Xnacac*, que la había cuidado desde pequeña:—Oye *Xnacac*: en la tierra todo pasa, todo se acaba, pasa también la juventud y con ella la belleza. ¿Verdad? Dime: ¿no se podrá ser siempre bella?

—*Miltoc*, contestó la vieja, ¿es que quieres poseer el talismán de la belleza? ¿Es que quieres ser la dueña de la serpiente verde de dos cabezas, del *Yaaxcan* maravilloso? Pues bien, en la caverna del *Ek-balam*, en la cueva del Tigre